

ATENEO DE VALLADOLID

CURSO DE 1912-1913

DISCURSO DE APERTURA

LEÍDO POR

D. ALVARO OLEA PIMENTEL

EN LA SESIÓN

CELEBRADA EL 2 DE OCTUBRE

PRESIDIDA POR EL

EXCMO. SR. D. SANTIAGO ALBA

MINISTRO DE INSTRUCCIÓN

PÚBLICA



VALLADOLID

IMPRENTA CASTELLANA

DUQUE DE LA VICTORIA, 31

AÑO 1912

205 DG
COM

ATENEO DE VALLADOLID

CURSO DE 1912-1913

DISCURSO DE APERTURA

LEÍDO POR

D. ALVARO OLEA PIMENTEL

EN LA SESIÓN

CELEBRADA EL 2 DE OCTUBRE

PRESIDIDA POR EL

EXCMO. SR. D. SANTIAGO ALBA

MINISTRO DE INSTRUCCIÓN

PÚBLICA



VALLADOLID

IMPRENTA CASTELLANA

DUQUE DE LA VICTORIA, 31

AÑO 1912

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

SEÑORES:

Si no fuera porque vuestros unánimes sufragios me colocaron en este sitio, no me creería excusado de dedicar un instante á explicar la inmerecida honra que ostento; mas si vosotros sois los únicos responsables, responded por mí, si alguno de los que me escuchan hallara poco justificado el que personalidad de tan escaso relieve como la mía llevara en estos momentos la representación de esta culta casa.

Hasta llegar á aquí encontré justificados cuantos esfuerzos hice para evitar vuestro yerro, ya que éste se consumó, quedé aún más obligado (por lo mismo que era inmerecido) á corresponder al honor con que me distinguísteis, poniendo á contribución mi voluntad, que es lo único que encuentro en mí algo más digno de ofrecerlos.

Llegado el momento de la apertura del curso, le creí propósito para expresar mis entusiasmos por el Ateneo de Valladolid y arrostré la dificultad, que para mí tiene, de redactar un discurso, que si interrumpe la colección brillante que guardais de los Gay, Villa y Martínez, y á ninguno de ellos pudiera ser comparable en erudición, corrección de estilo y profundidad de concepto, sí creo al menos que mi pluma acertará á expresar mis cariños por la obra en la que nos llamamos compañeros.

Cuál será el tema.

Recordaba que en momentos como el actual, y por los ateneístas de que antes os hablaba, eligieron un tema de la rama de la ciencia que cada uno de ellos con tanta brillantez cultivan; ya con este precedente el camino para mí estaba trazado y acaso hubiera acertado mejor, al internaros esta noche por el campo de la ciencia jurídica, á la que tanta atención prestáis siempre; mas en el momento de los imprescindibles tanteos, ya otro proyecto había nacido en mí, y era el de contestar á una pregunta que parece que sin estar articulada en el lenguaje corriente, se nos hace desde diferentes campos, y enamorado de la dificultad (que es la madre cariñosa de los amantes) decidí que fuera el tema del discurso de esta noche el siguiente: ¿Qué es el Ateneo?

Crónica del año.

Ya satisfecha vuestra curiosidad en lo que se refiere al tema del discurso, no me sería permitido entrar en él sin evocar algunos recuerdos de nuestra vida en el año próximo pasado.

El suceso de la renovación de Presidente, si por lo que hace al sustituto merecía ser el último, por lo que hace al sustituido es de justicia concederle los honores de la prioridad. Cumpliendo un precepto reglamentario, el ilustre Gay cesó en la presidencia del Ateneo; es lástima que para ciertos cargos no reviva nuestra antigua legislación vincular.

A él le cupo la honra de crear el Ateneo de Valladolid, y al llamamiento de su elocuente palabra se congregó este núcleo de cultura; es demasiado amigo nuestro para que tengamos la libertad de ponderarle lo que justamente se merece. El profesor de Economía Política de esta Universidad, es uno de los más preclaros representantes de la intelectualidad española, y una síntesis étnica en la que guardando los caracteres de virilidad y reflexión, que nos importaron los pueblos del Norte y que él aumentó en sus prolongadas estancias en las Universidades alemanas; junta una fantasía teñida con los colores levantinos, inspirada en los campos saturados por el

aroma embriagante del azahar é iluminada por el sol en su oriente que reverbera sobre las casitas blancas de la huerta de Valencia, y las superficies verdes y calmosas del mar mediterráneo; su elocuente palabra, flotará eternamente, no sólo en esta sala, sino donde quiera que se halle reunido el Ateneo de Valladolid.

Hoy es nuestro Presidente honorario, y aún podemos contar con el honor de que sea nuestro colaborador, mas hombre de su valía no sería patriótico que nosotros aspirásemos á que no nos abandonase alguna vez.

Este año también tuvimos ocasión de alegrarnos por los triunfos de nuestros compañeros, triunfos que estimamos como propios. Torre Ruiz ganó la cátedra de Lógica Fundamental de esta Universidad, Sanz Boronat la de Psicología de Pontevedra y Allué fué elegido académico de la de Bellas Artes de esta ciudad, confirmando todos estos sucesos académicos, que era justa la estima de maestros en la que nosotros les tuvimos.

No terminaré esta crónica sin consignar la gratitud del Ateneo hacia su consocio, paisano y amigo, don Santiago Alba, que como ministro de Instrucción Pública nos concedió una subvención y varias colecciones de elementos científicos y artísticos: viniendo por último á llenar una de las páginas más brillantes de los anales de esta casa honrándonos con su presidencia en la sesión de hoy.

Después de este ligero paréntesis, consagrado á nuestros recuerdos, os comenzaré por justificar, hasta donde pueda, el tema que elegí.

No quiero merecer de vosotros el pareceros imprudente, y si para la prudencia es garantía la reflexión, puedo aseguraros, que medité sobre la conveniencia del tema elegido.

Yo no me perdonaría el que habiéndole creído oportuno, hubiera preferido otro motivo de disertación, para esquivar las dificultades del propuesto, y bien entendido deseo que

**El porqué del tema
propuesto.**

quede por todos, que no me mueve ninguna exigencia de defensa, que por nuestra colocación en la contienda juzgo innecesaria, sinó el deseo de responder con voz fuerte al ¡quién vive! que desde algún lado se nos dirige, y que si después de que le hayamos contestado, siguieran entendiendo que éramos sediciosos, soportaremos sus descargas sin que en ningún momento se nos ocurra contestarlas, pues nosotros no salimos á la calle con armas de fuego.

Quiénes son los que
se congregan en
el Ateneo.

Si á la caída de la tarde entráis en nuestro salón, veréis en un rincón, y alrededor del piano, un grupo de artistas que hojeando las composiciones de los grandes maestros, interpretan sus más inspirados motivos, sin que á veces terminen una composición, simulando (no hay otro símil aunque sea repetido) al movimiento de mariposa en campo florido, en el que cada instante gusta de distintas flores... pero siempre andando sobre flores; otras, ese mismo grupo se coloca con más solemnidad y revive una de las obras de esos grandes maestros del arte divino de la música, y dedicándonos un gesto cariñoso, con un movimiento de cabeza al ritmo del compás que se oye, parece que nos invitan á los distraídos, á que cerremos por un momento los ojos y enmudezcamos nuestra lengua, para transportarnos al mundo que evocan.

Cerca de ellos andan los hijos de Apeles, los que pasan el día buscando efectos de luz, los enamorados de ella, los que dejan de trabajar cuando el sol se pone y limpian sus pinceles pronunciando la frase resignada de ¡ya no hay luz!... y sobre esos bancos esperan al nuevo día, buscando otra vez el sol, su eterno compañero; y nos traen sus cuadros, y más aún su fuerza creadora, y nos enseñan á amar el arte, á no parecernos pesado el camino que tengamos que recorrer para hallarnos en presencia de un motivo artístico, á querer la naturaleza, campo inagotable de todas las creaciones artísticas, á hacernos adorable lo creado, ¡pues quién pudo amar más la realidad que nos circunda, que aquel que por mucho amarla, llegó á

sentirla de tal modo, que recogiendo lo que es posible recoger, el color y la forma, intenta hacerla eterna sobre el lienzo que mancha ó sobre el barro que modela!, y eso lo hacen porque aman la naturaleza, ven que no hay nada sencillo en sus colores, y que esa luz que para los profanos pasa desapercibida, es un mundo de secretos de arte, como los tiene la mirada que se copia, ó la forma que se modela. Esos son los artistas que pudiéramos llamarles los adoradores de la vida, y esta palabra constantemente sale de sus labios y el ser dueños del soplo que de ella puede evocar la forma y el color es el supremo ideal á que se consagran.

No solamente son los artistas los que nos acompañan, sino que también son nuestros camaradas los llamados científicos, ya sean éstos los hombres de laboratorio y de instrumental, que penetran en el campo de la materia sin distinguir lo que comunmente se llama materia muerta y materia viva, revelando sus secretos histológicos hasta descubrir el vivir de la célula ó las intrincadas leyes de la cristalografía, pasando de la estática á la dinámica, midiendo sus maravillosas fuerzas y provocando bajo el poder de sus manos y dentro del estrecho recinto de sus aparatos de laboratorio, esos mil fenómenos, que nos asoman á la inmensidad, á lo infinito, á lo inconmensurable, que entra después en el análisis superior de la ciencia matemática, como idea metafísica de la cantidad. Y ya en el terreno de lo ideal y especulativo, otros, os ocupáis de estudiar la Psiquis humana, de establecer la relación entre lo subjetivo y lo objetivo, de analizar la realidad de las ideas de una y otra procedencia, de estudiar los fundamentos del gran problema del conocimiento, que es la certeza, y de sacar de él las conclusiones prácticas del conocimiento, y como consecuencia del obrar racional de los hombres, dando la clave del orden ético, con sus esferas jurídica y moral, y sus ulteriores aplicaciones en la ciencia sociológica como síntesis de la económica, jurídica y política.

Estos son, pues, á grandes rasgos, los personajes que se mueven en este ambiente; y precisamente la razón y fundamento

de su coexistencia es lo que alguien no acierta á ver, y se hace preciso que nosotros intentemos que ellos también lo vean, y cuando nosotros desde aquí les llamemos, que sea expresión de lo que les queremos y deseamos, pues nuestra labor es juntar á los hombres que sienten y piensen grandes ideales, á los que pasando á nuestro lado con una antorcha, les invitamos para que se unan á nuestra comitiva para aumentar nuestra luz, á los que la llevan apagada dándoles fuego para que la enciendan, y si nosotros fuéramos los que camináramos entre tinieblas, y ellos fueran sólo los que tuvieran el fuego que crea la luz, que vengan á prestarla, pues nosotros todos queremos ser portadores de la luz que nos dé á conocer la suprema Verdad.

Y ya vamos entrando poco á poco en el tema del discurso; no creo que sea necesario el que yo busque una nueva ocasión de hacer profesión de fe de mis arraigadas creencias: circunstancias de momento hicieron que en la ocasión más solemne del Ateneo, en aquellos instantes preciosos, como lo son siempre que algún ser viene á la vida, el que yo me sintiera arrastrado por algo irresistible, que saliendo del fondo de mi alma, me llevara á colocarme en medio de este mismo salón, simbolizando la independencía con que hablaba, tiñéndose con vuestros aplausos, de religiosidad y tolerancia, la nueva flor que se abría al soplo de vida que la prestaban los hombres de buena voluntad.

En aquel momento solemne á que antes os hacía referencia, yo creía, como lo sigo creyendo ahora, que los hombres pueden juntarse y ser perdurable su unión, cuando todos, buscan un ideal grande, que por lo mismo de su idealidad y su grandeza, no cabe en la mezquina esfera del interés particular ni en el de la bandería.

Condiciones de la
vida corporativa.

Y decía que unirse de un modo perdurable, pues solo cumpliendo las leyes de la vida es como se huye de la muerte, y cuando el alma corporativa pierde su color blanco inmaculado,

cuando adquiere el color parecido á lo mortal, es cuando el parecido se convierte entonces en identidad y cumpliéndose las mismas leyes de la vida que se querían conculcar, se ausentaría el alma de corporación que en nosotros encarnó, y vendría nuestra muerte, y estos elementos adquirirían su individualidad é independencia, para que agrupándose de diferente modo, buscaran la verdadera ley de vida social, que es, sencillamente, huir del individualismo tanto en ideas como en personas, para crear algo superior á los elementos competentes, como lo es el todo orgánico con relación á las células que le integran.

Y en aquel día, cuando votábamos nuestra constitución, quisimos dar al nuevo ser condiciones amplias de vida, pues en el momento inicial es cuando, como dicen los escolásticos, se halla en potencia todo el futuro desenvolvimiento.

No pretendimos al crear el Ateneo, fundar una escuela de filosofía kantiana, ni materialista, ni escolástica, como tampoco tuvimos la pretensión de separar los hombres que creen en una religión positiva, de aquellos que no tienen concretada su creencia deísta; si alguien se entretuvo en marcar estas líneas, yo pido para ellos la benevolencia de todos.

Y concretando más esta ley de vida, no es otra cosa que vislumbrando cada uno en el fondo de su yo un vivir más intenso, un ansia de salir de nuestra propia contingencia, como del destierro adonde nos hallamos condenados, nos mueve en busca de un ideal supremo, del que sólo apercibimos en nosotros la sombra, y cuando vamos á buscarle, nos hallamos otros que llevan la misma empresa, y entonces, nos damos la mano para ayudarnos en el camino, para intentar recibirle entre todos cuando le hallemos; esto que buscamos lo llamamos ideal; ya sea religioso, político ó científico, ó resumiendo los dos últimos en el primero, solamente ideal religioso, pues qué otra cosa puede unir á los hombres más que la verdad, y ésta, no solamente concretada y parcial, por que á vosotros no os satisface, sino la aspiración á la verdad general, única y completa, donde se halle esa gran unidad que presentimos;

y este es vuestro fondo de religiosidad y el fondo de mi religiosidad también, que es el supremo ideal que nos congrega.

El mutuo respeto.

Y al darnos la mano, no será ciertamente para disputarnos con odio, sino para discutirnos con amor. Hay un momento en nuestro vivir que es común á todos, y es el deseo de poseer una verdad, tan grande, y mucho más, que el deseo que la busca; y en este campo de comunidad, todo odio debe ser depuesto, pues también estamos de acuerdo que el odio es un mal y la verdad es un bien, y por el camino del mal, no se puede hallar el bien que buscamos.

Somos hombres de fe.

También podemos estar unidos porque somos hombres de fe; todos sabemos que nuestros conocimientos concretos es la menor parte y la que menos vale de nuestro caudal, que la suma de hechos ó efectos, no sirve más que para conducirnos á la inducción de sus causas, y que éstas no siempre las vemos, como por el contrario nos suele suceder con sus efectos y, sin embargo, en ellas creemos, ¿qué es ésto más que la fe?... ¿era acaso un recurso retórico el decir que me dirigía á un grupo de hombres, que en lo que más estima tienen es lo que creen por fe?

El árbol secular que contemplamos, nos dice que fué antes minúscula semilla, sus troncos y sus ramas nos atestiguan un crecimiento tal como nosotros le comprendemos, ¿pero, hay alguno que sorprendiera el momento, y mejor dicho, los innúmeros momentos en que la semilla se sintió estimulada para germinar y salir de ella la planta microscópica, que después vemos enorme; ni los momentos siguientes al crecimiento inicial y que determinaron el árbol de hoy?... y nosotros todos creemos en ese crecimiento, como creemos en su vida, sin que hayamos podido aislarla del ser que vive, y que alguna separación hubiera podido haber, en cuanto sin cambiar en lo

material, sin haber perdido ni aumentado nada de lo que por el análisis se hallaba, decimos en un momento que estaba vivo y en otro que estaba muerto, y afirmamos que la vida no es el fenómeno en sí, sino lo que le determina, y creemos en ella por la fe que tenemos en nuestra inducción y por la fuerza de los conocimientos que colocamos en su esfera.

Ni el físico tampoco llegó á ver ni á aislar la electricidad, que mide y calcula; ve luz, calor ó movimiento, ó simplemente movimiento que engendra calor y luz; ó, en síntesis, fuerza; sabe que todos estos fenómenos son producidos por el flúido que él llamó electricidad, y que no puede tampoco verla, ni conocerla directamente, ni en totalidad; y cree en ella por la fe que mantiene la inducción.

De aquí resulta que entre nosotros la fe es un postulado, distinguimos dos esferas en nuestros conocimientos: una, la que se mide y se toca; otra más grande, muchísimo más, la que se presume.

Dada vuestra cultura artística y científica, no había de pararse vuestra contemplación en la verdad real, objetiva, externa, por lo tanto, á vosotros. Lo que en el orden del conocer es, (y empleando la frase vulgar y corriente) *muy conocido*, sólo nos sirve para acercarnos á la penumbra que le divide de otro orden de conocer, y que por haber empleado la palabra penumbra, no hemos de colocar entre las sombras, sino más bien, en el orden superior en que merece estar situado.

En los ejemplos que anteceden (entre otros muchos que hallaríamos al primer intento de buscarlos) encontramos, que sobre todo lo que vemos ó pensamos, sobrenada una esencialidad cuyos límites no es posible marcar, mas en cada momento comprobais su existencia. En vuestras profundas reflexiones, vais resolviendo unas causas en otras; aquellas que creísteis en un momento causas primordiales, capaces de contener toda la razón que buscábais, se empequeñecen por que otras razones nacieron próximas á ellas, para completarse y reunirse, conteniéndose todas en una razón superior. Y apreciáis que lo vario se resuelve en lo uno, y repitiéndose

constantemente esta ley, nuestro intento es ir en busca de la unidad.

Los artistas perseguís en vuestro trabajo el efecto estético de la contemplación directa de la naturaleza en sus colores, formas y ritmos musicales, sobre los cuales encarnamos en nuestra alma las vibraciones que pudieran producir el vivir de nuestros grandes afectos; los otros, los científicos, descubris una verdad, y otra verdad, y siempre en orden ascendente (pues á la causa la suponemos siempre en un plano superior al efecto) y en la misma dirección parece que colocais todos la progresión creciente del esfuerzo, y unos y otros sabemos que marchamos por una dirección para nosotros inagotable, y que podemos ir unos muy cerca de otros; es más, que es necesario que todos vayamos así, porque nuestro supremo ideal no se completa con el esfuerzo de uno, sinó con el de todos, simbolizando la variedad que sintetiza; y por eso, en este conjunto, es cuando la suprema Verdad se nos presenta con algún parecido más á lo que algún día puede ser que conozcamos: teñidas sus ropas con la combinación artística de los colores, modeladas sus formas, tal como fué la inspiración que dió á los Fidias que eligió como intérpretes, adornada con su fuerza creadora que descubristeis en la unidad dinámica de la naturaleza, brillando en su frente una sola idea capaz de contener todas las posibles y conocidas.

El contorno de lo que pudiera ser esa verdad que buscamos, va entre todos recibiendo de cada cual un color, como la imagen litográfica con las diversas pasadas de los rodillos de tintas polícromas, y necesita de los matices de la ciencia y necesita también de los matices del arte.

Por felices podemos contarnos los que gustamos de este hermoso conjunto, apreciando en lo mucho que vale la grandeza de estas armonías, en la que cada esfuerzo individual da una nota de este himno triunfal, que los hombres entonan al ponerse en marcha en dirección de sus ideales. Nadie puede ser desertor, sin que acepte, como consecuencia, una negación por norma de su actividad. Nadie podrá llegar sólo; al

que esta pretensión tuviere, contadle entre los enamorados de la muerte, ¡pues también la muerte tiene sus adoradores!...

Somos partes de una grandiosa variedad y á nosotros nos toca en esta vida descubrir la clave de su unidad; granos de arena, al sumarnos, podemos convertirnos en montañas, y toda tendencia de desunión nos alejará de la vida, confirmando nuestra pequeñez é insignificancia.

Al admirar la concepción artística ó científica, parece que en el momento de hacerla nuestra, enviamos al que la concibió la expresión de nuestra gratitud porque puso en nuestras manos lo que ellas estaban ávidas buscando, sin poder hallar. Al oír esas composiciones musicales que entran en lo más profundo de nuestra alma, decimos: así, de ese modo, hubiera encontrado expresión digna para mi amor, para mi alegría ó para mi tristeza, que en vano busqué en el lenguaje de los hombres, y entonces, ¿qué es el músico más que nuestro colaborador, que nos levanta de la caída que nos ocasionó nuestra impotencia?

¿No habéis sentido el deseo ardiente de besar las páginas del libro que leáis? Pues ese beso que estampásteis sobre aquellas letras impresas que hicieron nacer en vosotros ideas cuya ausencia llorábais, es el sello de esta confraternidad.

Fuera mezquina aspiración el que nos conformáramos con participar solos del esfuerzo de que seamos capaces; este no nos pertenece, debemos de entregarle íntegro; tal como la obra sale de nuestras manos, para no volverla á llamar nuestra; y si proclamamos esta negación de propiedad, en cambio le ofrecemos al que esto haga, el esfuerzo de la humanidad entera, pues para vosotros y para mí pensaron Aristóteles, Platón, Santo Tomás y Kant; para vosotros y para mí descubrieron y midieron el planeta que habitamos y la distancia que nos separa de todos los astros visibles, tallaron mármoles los

La colaboración.

Norma de desinterés.

escultores griegos, pintaron Miguel Angel y Rafael; derramaron su sangre los mártires de todas las ideas; por vosotros y por mí, seres adorables hallaron soportable el dolor; si tanto recibimos ¿puede valer nuestra vida el precio de las millares de ellas, de que somos usufructuarios? No, pues unámonos todos para depositar nuestra ofrenda donde se halle levantado un altar á la verdad.

La unión de todos.

Nuestra propaganda ha de ser de unión, sin que tengamos jamás el mezquino propósito del sectarismo, que no vivió más que ocupado en construir lazos para ahogar á sus enemigos: nosotros no los tenemos, ó al menos no merecemos tenerlos, pues si los que menos nos quieren se aproximaran á nosotros, verían que aquí, en el momento que nos apercebimos que alguien nos ataca, en vez de afilar armas, dejamos desde aquel momento una silla vacía en espera de que venga algún día á ocuparla. Y por eso, todos tienen aquí un sitio y deseando estamos que atiendan nuestro ruego; y conste, por último, que al llamaros no buscamos el número, que el más y el menos no puede afectar á la esencia, sino porque es nuestra eterna aspiración, que el Ateneo sea *la obra de todos*, porque con sólo esta aspiración, aun siendo pocos, tendremos más vida que si muchos se propusieran que el Ateneo no tuviera más que un color del prisma. Hemos de aspirar á que tenga todos, y que combinados con amor, desinterés y tolerancia, resulte el blanco inmaculado de que os hablaba al comienzo.

Cómo hemos de ser tolerantes.

Y ya que de la tolerancia hablo, he de deciros cómo yo la entiendo. No he de preconizar el quietismo ante el error, pues aquél más que tolerancia es muerte; si vemos que alguien se equivoca hemos de acercarnos á él, como al viajero que hallamos perdido en su camino; mas en el orden de las ideas, sólo por las sendas de nuestra propia conciencia podemos y debemos marchar; en vano es, que nosotros por la fuerza le

atáramos sus manos y obligáramos á que sus pies se movieran en la dirección por nosotros deseada; su alma seguiría á pesar nuestro, su camino; pues en el mundo del *yo* no nos es permitido entrar y solamente el alma individual es la señora absoluta de sus destinos; siendo lo único que hasta ella puede llegar, la verdad, que la ofrezcamos garantizada por nuestra sinceridad y por nuestro sacrificio; sí, especialmente nuestro sacrificio si necesario fuera, por ser la envoltura que da valor á la verdad y la única que puede ser reconocida por todos los hombres.

En resumen, tolerancia es unión; y véis que todos los caminos que he intentado para describiros nuestra alma de corporación nos han conducido en cuanto en ellos hemos caminado durante algún momento á tener necesidad de pronunciar alguna de estas palabras para expresar los últimos conceptos *unión, síntesis, verdad*; resolviéndose en lo que es nuestra última finalidad, que es descubrir la verdad y ésta no nace más que en el campo de la unión y de la síntesis.

Antes de que nos separemos esta noche, he de daros á conocer cuáles son nuestros proyectos para el año próximo.

Desde los finales del curso pasado estamos preparando una serie de conferencias que tengan el propósito siguiente:

En ninguna de las regiones de España se nota más la necesidad de hacer un estudio de todas ellas que en Castilla. Sentada en su trono solariego debe de invitarlas á que la cuenten *su vivir*, sus creaciones políticas, literarias, artísticas y financieras, y por eso, comenzando por Cataluña, región adelantada y fecunda, ya tenemos la promesa de varios de sus hijos que aceptaron nuestra invitación, entre ellos Cambó y Zulueta; y una vez que se termine esta información, prometemos devolver la visita para llevarles á la ciudad condal á la vez que la expresión de nuestra gratitud, una descripción del alma castellana representada por sus políticos, sus artistas, sus hombres de negocios, sus pensadores; en fin, por sus

Programa para este
curso.

hombres de trabajo, que por serlo, merezcan llamarse sus hijos predilectos.

Varios ateneístas como Martínez, Torre, Villa, García del Real, Taladriz, Allué, preparan cursos sobre diferentes temas que serán merecedores de vuestra atención.

Y, por último, os diré que organizaremos también conferencias escolares para que los niños llenen estas salas, dejando saturada esta atmósfera de bondad y de esperanza.

Y he aquí, señores, cuál ha sido, es y será nuestra vida y propósitos, hoy comenzamos un nuevo curso, ayudados todos; y á la vez que os suplico que perdoneis mi modesta obra en gracia al buen deseo que la anima, os pido también que veais en mí, no otra pretensión que la de haber dado forma á un gesto de expresión del Ateneo, abriendo los brazos para pedir la colaboración en nuestra obra, á todos los hombres de buena voluntad.

HE TERMINADO.

15-24-9-1912.

